

## TERESA DE JESÚS, MAESTRA DE LA SOSPECHA. UNA VIDA QUE DA QUE PENSAR

JUAN ANTONIO MARCOS, OCD\*

*«Adonde tan poco medrado está el espíritu,  
unas naderías, ¡nos dan tan gran trabajo!...  
¡Y en nuestro seso presumimos de espirituales!»*

– Teresa de Jesús.

Fecha de recepción: noviembre de 2014

Fecha de aceptación y versión final: diciembre de 2014

### RESUMEN

*El presente artículo recorre uno de los aspectos más sugestivos de la figura de Teresa de Jesús: el de su condición de auténtica «maestra de la sospecha». Sus escritos pretenden alertarnos frente a nuestros prejuicios, cegueras y falsas seguridades en todos los ámbitos de la vida, empezando por la sospecha ante uno mismo, en la esfera de la espiritualidad, y terminando por extender dicha sospecha a todos los ámbitos de la vida humana: la sociedad, la Iglesia o la situación de la mujer.*

PALABRAS CLAVE: Teresa de Ávila, espiritualidad, sospecha, honra, mujer.

---

\* Universidad P. Comillas (Madrid). <jamarcos@teo.upcomillas.es>.

**TERESA OF JESUS, MASTER OF SUSPICION.  
A LIFE THAT MAKES YOU THINK**

**ABSTRACT**

*This article explores one of the most suggestive aspects of the figure of Teresa of Jesus: her reputation as a genuine "master of suspicion". Her writings aim to alert us to our prejudices, blindness and false securities in all aspects of life, starting with inward suspicion aimed at our spiritual selves and then extending this suspicion to all areas of human life: society, the Church or the position of women.*

**KEYWORDS:** Teresa of Avila, spirituality, suspicion, honor, women.

---

Entre los muchos que han sido o son asiduos lectores de santa Teresa<sup>1</sup> están el escritor norteamericano Truman Capote o el teólogo anglicano Trueman Dicken. Desde España fue el apasionado M. de Unamuno el que dijo que nosotros, más que libros, hemos dejado almas, y así, Santa Teresa vale por cualquier *Crítica de la razón pura*. La conocida psicoanalista Julia Kristeva, afincada en Francia, es otra lectora apasionada de Teresa. Prueba de ello es su voluminosa novela titulada *Thérèse mon amour* (2008). Por no hablar de la carmelita de origen judío Edith Stein y la huella que dejó la autobiografía teresiana en su proceso vital. La lista de los lectores de esta mujer es interminable.

Nació Teresa de Jesús en 1515, en Ávila. Hija de Beatriz de Ahumada y Alonso Sánchez de Cepeda, su abuelo había sido penitenciado por la Inquisición toledana<sup>2</sup>. Lectora voraz desde su infancia, en la adolescencia fue llevada a las agustinas de santa María de Gracia, en Ávila, donde dan comienzo sus primeras preocupaciones religiosas y su primera crisis de salud, con 17 años. En 1535 se decide a entrar en el monasterio de la Encarnación. No tardará en caer de nuevo enferma. Poco a poco se fue

- 
1. Cf. I. BENGOCHEA, *Las gentes y Teresa*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1982.
  2. Para esta breve reseña biográfica seguimos, en puridad, a T. EGIDO, «Ambiente histórico», en *Introducción a la lectura de Santa Teresa*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2002, pp. 95-119.

perfilando su proyecto reformador. Y así, con el paso del tiempo, iniciará en Ávila, en 1562, su aventura fundacional.

Vienen luego años de una incansable, tarea tanto escribiendo como fundando. En Medina del Campo, en 1567, conoce a quien, con el tiempo, sería Juan de la Cruz. En 1571 la podemos visitar como priora en la Encarnación de Ávila. Pronto vendrá una etapa de prohibiciones y persecuciones en su labor de fundadora, y el propio Juan de la Cruz será encarcelando en Toledo. En torno a 1579 se recupera la calma, y Teresa reanuda sus fundaciones, hasta su muerte en Alba de Tormes en el año 1582. Beatificada en 1614, canonizada en 1622, fue proclamada doctora de la Iglesia en 1970.

Los títulos de sus obras mayores son tan conocidos como harto poco leídos, a pesar de que la Santa goza de una enorme popularidad: *Libro de la Vida* (1565); *Camino de Perfección* (1566); *Libro de las Fundaciones* (1573-1582); *Las Moradas o Castillo Interior* (1577). También nos ha legado Teresa otros escritos de menor extensión, las así llamadas «obras menores», las poesías y un amplísimo epistolario<sup>3</sup>.

El verdadero encanto de Teresa radica en la lectura apasionada y apasionante de sus textos, sin duda alguna la mejor reliquia que seguimos conservando de ella. Textos y escritos que permanecen libres de las adulteraciones del tiempo, pues siempre podemos volver sobre sus propios manuscritos y autógrafos, esos que se conservan en Valladolid, El Escorial, Sevilla... Y entonces, de lo que se trata es de saborear de nuevo sus palabras, ya que ella misma se encargó de definir sus obras como «cosa sabrosa» (C 41,1).

Teresa de Jesús, escritora por vocación y lectora compulsiva, fue ante todo toda una «maestra de la sospecha». He aquí una de las mejores razones para afirmar que esta mujer sigue dando que pensar. En sus escritos busca alertarnos sobre nuestra comprensión del mundo y nuestras percepciones de la realidad, de lo humano y de lo divino: «y para esto, apro-

---

3. Para las citas teresianas seguimos siempre la edición de TERESA DE JESÚS, *Obras Completas*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2000.

veche este aviso, de esta pecadorcilla, de despertador» (CE 2,4). Dicha sospecha ha de comenzar por uno mismo: «no se fie de sí», repetirá en sus obras. Pero sus «sospechas» se dirigen a casi todos los ámbitos de la vida humana, tanto a lo social como a lo personal. Y especial blanco de sus celos es la esfera de lo espiritual: «Adonde tan poco medrado está el espíritu [y nótese el retintín de lo que sigue], unas naderías, ¡nos dan tan gran trabajo!... ¡Y en nuestro seso presumimos de espirituales!» (V 13,4).

### 1. El «exceso» de una mujer culta

El teólogo del Dios del «exceso», A. Gesché, llegó a escribir sobre Teresa de Jesús: «Lo voy a decir de manera provocadora: a mí me convence más un personaje de novela que me hable de Dios que santa Teresa de Ávila»<sup>4</sup>. Nadie que conozca o haya leído a Teresa de Jesús suscribiría estas palabras. Y ello porque Teresa fue toda una «pícara» de la novela espiritual y una verdadera heroína literaria en su aventura fundacional. Y en ella el «exceso» (como en el Dios de Gesché) y la pasión por Dios y por lo humano verdadero lo impregnan todo, como muy bien vio E. Cioran, cuando reconocía en una entrevista que él era un fanático de santa Teresa de Jesús, «y sigo siéndolo... Me fascinaba de ella el exceso»<sup>5</sup>.

Ese «exceso» se refleja en su adicción a la lectura, porque Teresa fue una mujer culta y fundamentalmente autodidacta. Leer se llegó a convertir para ella en un lujo casi pecaminoso que hubo de buscárselo en secreto (*escondida de mi padre*), en el que gastó no poco tiempo ya desde la adolescencia (*muchas horas del día y de la noche*), y con el que disfrutaba como una bendita adición (*si no tenía libro nuevo, no me parece tenía contento*)<sup>6</sup>. Y es que nuestra Santa fue una *lectora*<sup>7</sup> que devoraba con verdadera fruición los libros de caballerías y la novela sentimental pri-

4. Cf. GESCHÉ, A., *Les mots et les livres*, Cerf, Paris 2004, p. 144.

5. Cf. [http://elpais.com/diario/1995/06/21/cultura/803685607\\_850215.html](http://elpais.com/diario/1995/06/21/cultura/803685607_850215.html)

6. Cf. V 2,1.

7. Cf. T. EGIDO, «Santa Teresa y su condición de mujer», en *Introducción a la lectura de Santa Teresa*, op. cit., pp. 119-137.

mero y, más tarde, todo ese amplio abanico de la literatura espiritual que tuvo al alcance en su tiempo.

Mujer fue esta que desconfiaba de la ignorancia, quería cultura, y así se lo hacía saber a sus monjas: «Procuren siempre tratar con quien tenga letras [...] Dios las libre, por espíritu que uno les parezca tenga [...] regirse en todo por él, si no es letrado» (CE 8,2). «Está firme e inequívoca cuando quiere asegurar a sus hijas una formación seria y profunda en el camino del espíritu y reivindica para ellas la libertad y la posibilidad de ejercerla»<sup>8</sup>:

«Este tener verdadera luz para guardar la ley de Dios con perfección es todo nuestro bien; sobre esta asienta bien la oración; sin este cimiento fuerte, todo el edificio va falso» (C 5,4).

## 2. Silencios sospechosos frente a linajes y honras

Sospechosos son los llamados «silencios» teresianos<sup>9</sup>, y más que ningún otro, el silencio sobre su propio origen judeoconverso, al que jamás hace referencia. Y es que un aspecto clave de su persona y su espiritualidad está relacionado con estos orígenes. Algo que solo se comprende desde las mentalidades del momento histórico y la obsesión por la «honra» o los terribles «Estatutos de limpieza de sangre» o la condición de «cristianos viejos»<sup>10</sup>.

En virtud de la honra, o la «negra honra», como apunta en alguna ocasión la pluma de Teresa, la sociedad de su tiempo se ocupó de convertir en víctimas a ciertos colectivos. Hoy apenas somos capaces de comprender la obsesión de aquella sociedad por los temas de la honra (o prestigio, o reputación, o el «qué dirán»). Tema que hunde sus raíces en el viejo honor

8. C. KAUFMANN, *La fascinación de una presencia*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2007, p. 79.

9. Cf. D. DE PABLO MAROTO, *Santa Teresa de Jesús. Nueva biografía (Escritora, fundadora, maestra)*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2014, pp. 260-263.

10. Cf. T. EGIDO, *El linaje judeoconverso de Santa Teresa (Pleito de hidalguía de los Cepeda)*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 1986.

medieval y caballeresco y en el llamado «tiempo de la reconquista». En el siglo XVI será una cuestión de linaje y, ante todo, de la opinión de los demás: el español se transformó en esclavo de sus paisanos<sup>11</sup>.

Como ha apuntado atinadamente T. Egido, cuando Teresa comienza a escribir su autobiografía, no hay alusión alguna a la cristiandad vieja de sus progenitores, presentados únicamente como «virtuosos y temerosos de Dios» (V 1,1). Para Teresa la verdadera y única honra será la virtud<sup>12</sup>: «Fatigase [el alma] del tiempo en que miró puntos de honra y en el engaño que traía de creer que era honra lo que el mundo llama honra. Ve que es grandísima mentira y que todos andamos en ella» (V 20,26). Las últimas palabras «inclusivas» (en primera persona del plural) de Teresa evocan una suerte de resignación, o quizás habría que decir conformidad y tolerancia, ante las limitaciones humanas, de las que nadie está libre. Ni siquiera ella misma.

### 3. Sospechas frente a clases sociales y dineros: las «autoridades postizas»

Las «sospechas» del ámbito social alcanzan también a dineros y negocios. Lo podemos descubrir en *Camino de Perfección*, cuando Teresa alienta a sus hermanas a sentirse tratar mutuamente como hijas del Rey celestial, que no es «como con los señores de acá, que con que nos digan quién fue su padre y los cuentos que tiene de renta y el dictado [*títulos de dignidad*], no hay más que saber. Porque acá no se hace cuenta de las personas para hacerlas honra, por mucho que merezcan, sino de las haciendas» (C 22,4). La idolatría o falso dios del dinero (entonces como hoy) lo impregna todo, al decir de Teresa.

Y más sospechas en el mismo ámbito de lo social, ahora frente a los «grandes y poderosos», como ante la aristócrata toledana doña Luisa de la Cerda:

11. Cf. T. EGIDO, «Ambiente histórico», *op. cit.*, p. 96. Seguimos casi literalmente a este autor.

12. *Ibid.*, pp. 101-102.

«Vi que era mujer y tan sujeta a pasiones y flaquezas como yo, y en lo poco que se ha de tener el señorío... Ello es una sujeción, que una de las mentiras que dice el mundo es llamar señores a las personas semejantes, que no me parece son sino esclavos de mil cosas» (V 34,4).

La transparencia, tanto en la vida como en la espiritualidad de Teresa, se opone a lo «postizo», a la fachada, a lo que es de mentira. Muchas de las observaciones que se han colado en los escritos de esta mujer sobre las costumbres y formalismos sociales de su tiempo no están exentas de cierta malicia. Y es que para el místico, frente a lo Real Último, todo lo demás se convierte en penúltimo, todo queda relativizado:

«Puedo tratar como con amigo, aunque es Señor, porque entiendo no es como los que acá tenemos por señores, que todo el señorío ponen en autoridades postizas. Ha de haber horas de hablar y señaladas personas que los hablen. Si es algún pobrecito que tiene algún negocio, más rodeos y favores y trabajos le ha de costar tratarlo. ¡Oh, que si es con el rey! Aquí no hay tocar gente pobre y no caballerosa, sino preguntar quién son los más privados; y a buen seguro que no sean personas que tengan el mundo debajo de los pies, porque éstos hablan verdades que no temen ni deben; no son para palacio, que allí no se deben usar, sino callar lo que mal les parece, que aun pensarlo no deben osar por no ser desfavorecidos» (V 37,6).

Teresa no es tampoco ninguna santurróna, y no le gustan las beaterías y ceremonias. Desconfía de los éxtasis, que los ve, en no pocos casos, como consecuencia de una mala alimentación. Recela de penitencias excesivas. Muchos de los llamados «arrobamientos» los identifica con «abobamientos». Se ríe, canta y compone coplas para la recreación. Y tiene buen humor a pesar de la mala salud que la acompañó, como una sombra, casi de por vida.

#### 4. Recelos frente al matrimonio

Otro de los blancos de las sospechas teresianas frente a la sociedad de su tiempo, y unido a la condición de mujer, es el espinoso tema del matrimonio, pintado con temores y miedos por la misma Teresa desde los co-

mienzos de su biografía: «Temía el casarme» (V 3,2). Valga como ejemplo extremo de las mentalidades del momento histórico el de las alumbadas de la región de Toledo: hacia 1525, María de Cazalla habla de ahorrar a sus hijas la humillación de casarse, pues sería tanto como encerrarlas en un burdel<sup>13</sup>.

Teresa no llegó a tanto, como es lógico. Pero sus opiniones sobre el matrimonio son poco positivas:

«Acordaos también de muchas casadas (yo sé que las hay) y personas de suerte, que con graves males, por no dar enfado a sus maridos, no se osan quejar, y con graves trabajos [...] Es una mujer muy malcasada y, porque no [lo] sepa su marido [no] lo dice o se queja, pasa mucha malaventura y grandes trabajos sin descansar con nadie» (CE 16,3).

En *Fundaciones* se despacha con unas ácidas críticas al matrimonio de entonces, que ve, sin más, como ámbito de esclavitud, en oposición al convento, que se nos pinta como espacio de libertad, pues al entrar aquí, es Dios mismo el que las escoge para «librarlas de estar sujetas a un hombre que muchas veces les acaba la vida, y plega a Dios no sea también el alma» (F 31,46). La visión que Teresa tiene del matrimonio de sus contemporáneos no podía ser más negativa: nótese la implícita crítica de la «violencia doméstica». Y la razón no podía ser más contundente: la mujer pierde su libertad, esa libertad que tanto anhelaba y añoraba Teresa para la mujer. Marcelle Auclair ha dado con las palabras precisas: al entrar en el Carmelo, Teresa se resigna a una especie de matrimonio de conveniencia; tardará veinte años en transformarlo en un matrimonio por amor<sup>14</sup>.

#### 4. Resentimientos frente a la situación de la mujer

Una preocupación sentida (y hasta resentida) en Teresa es su condición de mujer. Quizás estemos ante la clave más importante para comprender hoy muchas de las actitudes teresianas, dada la sociedad en la que le to-

13. Cf. J. PÉREZ, *Teresa de Ávila y la España de su tiempo*, Algaba, Madrid 2007, p. 41.

14. Cf. M. AUCLAIR, *La vida de Santa Teresa de Jesús*, Palabra, Madrid 1999, pp. 50ss.



có vivir, donde sistemáticamente se despreciaba y menospreciaba a la mujer. Discriminación que estaba ya presente desde el nacimiento (cf. F 20,3). Fray Juan de Salinas, uno más en la larga lista de quienes depusieron en los *Procesos de beatificación*, dominico a la sazón que solo conocía a la Madre Teresa de oídas, tras haberla tratado personalmente, y según nos cuenta el cronista, exclamó: «¡Oh, me habíais engañado, que decíais que era mujer; a la fe, no es sino hombre varón y de los muy barbados». Todo un elogio. Pero cuando el mejor piropo que se le puede dirigir a una mujer es el de llamarle *varón barbado*, no hace falta ser muy conspicuo para percatarse de las actitudes y mentalidades de toda una época. De ellas se quejará amargamente Teresa:

«¡Oh, pobre mariposilla [ella misma], atada con tantas cadenas que no te dejan volar lo que querrías!» (6M 6,4).

Y recuérdense las no menos furibundas palabras de Teresa frente a los inquisidores de turno, palabras tachadas en el autógrafo con trazos gruesos y molestos por el censor correspondiente:

«¿No basta, Señor, que nos tiene el mundo acorraladas e incapaces para que no hagamos cosa que valga nada por Vos en público ni osemos hablar algunas verdades que lloramos en secreto, sino que no nos habíais de oír petición tan justa? No lo creo yo, Señor, de vuestra bondad y justicia, que sois justo juez, y no como los jueces del mundo, que como son hijos de Adán y, en fin, todos varones, no hay virtud de mujer que no tengan por sospechosa» (CE 4,1).

Inmersa en una sociedad marginadora de la mujer y sentada en el banquillo de los acusados frente a unos censores siempre hombres, Teresa tuvo que multiplicar sus estrategias retóricas para así ganarse su benevolencia y aprobación<sup>15</sup>. Y se servirá de la emblemática inferioridad de la mujer para ganar sutilmente la voluntad del lector: «y harto nada soy yo» (V 31,24), «yo no soy para más de hablar» (V 21,5). Mas «con ser la que soy» (CE 32,7; V 15,7; 21,2), «si tuviera autoridad de escribir...» (V 6,8),

15. Cf. J. A. MARCOS, *Mística y subversiva. Teresa de Jesús (Las estrategias retóricas del discurso místico)*, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2001.

«mas no valgo nada, Señor mío» (V 39,13), «basta ser mujer para caer-seme las alas» (V 10,7). Toda una protesta (con protesta incluida) de feminismo precoz.

## 6. Suspicias frente al lenguaje «afectado»

En Teresa aparece siempre una sana «sospecha» que acompaña el viaje de la «descalcez»: sospecha frente a toda forma de «afectación» en lenguaje y vida. Sospecha que allá por 1588, y en la primera edición de las *Obras completas* [de hecho, incompletas] de Santa Teresa, fray Luis de León calificó atinadamente de «elegancia desafeitada». En las pocas páginas que el reputado profesor salmantino escribió como «introducción» apuntó, con una perspicacia y lucidez poco comunes, hacia algunas de las claves fundamentales del estilo de nuestra narradora: «en la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una *elegancia desafeitada* que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellas se iguale»<sup>16</sup>.

A este respecto, la definición que de «afeite» nos ofrece el *Tesoro de la lengua* de S. de Covarrubias resulta paradigmática, por mostrar de una manera muy plástica y desenfadada lo que podríamos calificar como la cara opuesta del lenguaje teresiano:

«El aderezo que se pone a alguna cosa para que parezca bien, y particularmente el que las mujeres se ponen en la cara, manos y pechos, para parecer blancas y rojas, aunque sean negras y descoloridas, desmintiendo a la naturaleza y, queriendo salir con lo imposible, se pretenden mudar el pellejo... Es vana pretensión por más diligencias que hagan y, pensando engañar, se engañan, porque es cosa muy conocida y aborrecida, especialmente que el afeite causa un mal olor y pone asco; y al cabo es ocasión de que las afeitadas se hagan en breve tiempo viejas, pues el afeite les come el lustre de la cara y causa

16. Cf. FRAY LUIS DE LEÓN, «Carta dedicatoria a las madres priora Ana de Jesús y religiosas carmelitas descalzas del monasterio de Madrid»: *Obras completas castellanas*, BAC, Madrid 1951, p.1.314.

arrugas en ella, destruye los dientes y engendra un mal olor de boca.  
Es una mentira muy conocida y una hipocresía mal disimulada».

«Postizo» significa, según el diccionario de *Autoridades*, «lo que no es natural ni propio, sino agregado, imitado o fingido, o sobrepuesto». En la línea de Juan de Valdés, y en oposición a los lenguajes postizos, Teresa va a representar como nadie la naturalidad en el lenguaje. Y es que una de las constantes del estilo de esta mujer es el rechazo de toda forma de afectación, que es como se ha de entender el principio de Valdés (el del «escribo como hablo»), pues «en ninguna lengua está bien la afectación». Insistimos: es esa llaneza, esa *naturalidad*, esa no afectación y esa carencia de elementos postizos, otro de los factores que ponen de manifiesto la relevancia y vigencia de la espiritualidad teresiana. De una mujer sin dobleces ni trastienda.

## 7. Desconfianza frente a «fundamentalismos» espiritualistas

Del ámbito del lenguaje y lo social, pasamos a las sospechas teresianas que salpican la esfera de la espiritualidad, sobre todo frente a ciertas formas de «fundamentalismo espiritualista», tema que desarrolla nuestra autora especialmente en *Camino* 41, 4-8. Se trata de todo un alegato contra el «pensamiento único», a la par que una poderosa invitación a la apertura de mente. Por eso recomienda: «Así que no os apretéis, porque si el alma [la persona, la vida] se comienza a encoger, es muy mala cosa para todo lo bueno» (C 41,5). Y aquí es donde tiene cabida esa «sana libertad» y apertura mental que reclama Teresa.

En las mentalidades cerradas y fundamentalistas (permítasenos el anacronismo léxico) hay, dirá Teresa, «otro daño, que es juzgar a otros; como no va por vuestro camino, sino con más santidad [dice ella con no poca ironía]..., luego os parecerán imperfectos. Si tienen alegría santa [sana], parecerá disolución..., es muy de mala digestión..., y *pensar* [el «daño» se sitúa ya en el mismo ámbito del «pensamiento»] que si no van todos por el modo que vos, encogidamente, no van tan bien, es malísimo» (C 41,6).

«Que hay diferentes caminos por donde lleva Dios» (C 5,5). Piénsese aquí en la parábola del fariseo y el publicano (donde el primero termina

«desacreditado» por quererse «acreditar» ante Dios); o en Simón el fariseo (cf. Lc 7,39). Jesús busca desenmascarar al Dios de los celosos. Según las parábolas evangélicas, el Dios de Jesús es un Dios que no se deja acaparar por una casta de gentes pías y virtuosas, que saben de sí mismas «que no son como ese publicano y pecador» (Lc 18,9-14). El desprecio del otro convierte en falsa, automáticamente, toda relación con Dios, toda espiritualidad, toda experiencia mística u orante.

La invitación en positivo de Teresa, que es piedra de toque y etiqueta de garantía del creyente adulto, reza así: «mientras más santas, más conversables con sus hermanas..., ser afables y agradar y contentar a las personas que tratamos, en especial a nuestras hermanas» (C 41,7). Se trata de palabras que rebosan un enorme humanismo y que ponen de manifiesto la calidad humana de esta mujer. El reformulador de concreción, «en especial», está marcando el primer ámbito en el que se ha de vivir la afabilidad: nuestros próximos, los que tenemos más cerca. Y no se olvide que «afable» significa «gracioso y agradable en sus pláticas y conversaciones, amoroso y blando en sus respuestas» (sic *Covarrubias*).

## 8. Desencanto existencial ante la finitud de todo

«Está toda la vida llena de engaños y dobleces» (V 21,1), afirma Teresa en su primera gran obra, su autobiografía. Y en su última gran obra, el desencanto y desencanto persisten: «Esta vida, que es todo mentira y falsedad» (6M 10,5). *Engaño, mentira, sueño...*, son palabras que salpican buena parte de sus páginas. En el viaje del místico a lo originario y fundante, la tierra aparece como miseria y desencanto, una idea totalmente cervantina que anticipa ya el Barroco y el mundo calderoniano.

La concepción de la vida como sueño brota en Santa Teresa de su propia experiencia. Y es este desencanto ante las cosas del mundo, desencanto «que viene de arriba» y que está provocado por el encuentro con lo Real Último, lo que crea en la Santa esa sensación según la cual se figura «andar en un sueño» (CC 2,7), experiencia que se revela, a su vez, como fuente de imperturbabilidad:

«Y hame dado una manera de sueño en la vida, que casi siempre me parece estoy soñando lo que veo; ni contento ni pena, que sea mucha, la veo en mí. Si alguna me dan algunas cosas, pasa con tanta brevedad, que yo me maravillo, y deja el sentimiento como una cosa que soñó» (V 40,22).

Se trata de todo un «desengaño» existencial: «Dos horas son la vida, grandísimo el premio...» (C 2,7); «En fin, todo lo que tiene fin no hay que hacer caso de ello» (C 12,2). Jiménez Lozano ha visto y descrito como nadie esta obsesión o preocupación teresiana. Es la «conciencia de nuestra finitud y de la finitud del mundo y su insuficiencia aquí y ahora. De esto es de lo que habla Teresa de Jesús cuando dice que le parece que el mundo y las cosas no le pesan o como si soñase»<sup>17</sup>. Es la situación de aquellos hombres y mujeres que han tenido una particular «experiencia de alteridad, de vacío, de comprobación de la realidad entera como “ens fictum” y se han puesto a buscar lo Real Último». Y lo han encontrado en Dios como experiencia de amor y de libertad.

### Concluyendo: en clave de amor y libertad

Terminamos con las mismas palabras que termina y cierra Teresa sus dos grandes obras de referencia: *Vida y Moradas...* En la primera habla de «libertad»; en la segunda busca conjugar «amor» y «libertad». Esta es la doble meta del viaje y aventura espiritual de toda la mística carmelitana. Si el perdón es la etiqueta de garantía del viaje místico (cf. C 36,13), la libertad y el amor son la meta.

Teresa experimentó en carne propia lo que ella denominó, en expresión afortunada, «contradicción de buenos» (V 28,18; 30,6), de aquellos que cuestionaban tanto su experiencia mística como su aventura fundacional<sup>18</sup>. Frente a unos y otros, y al cerrar su propio relato autobiográfico, se

17. J. JIMÉNEZ LOZANO, «Una estética del desdén», en *La espiritualidad española del siglo XVI. Aspectos literarios y lingüísticos*, Universidad, Salamanca 1990, pp. 72-74, 80-81.

18. Recuérdese «la regla tremenda, pero cierta, de aquel dicho sufi: nadie tiene una auténtica relación con la verdad antes de que un millar de justos testimonien que es un hereje» (M. GARCÍA-BARÓ, *De estética y mística*, Sígueme, Salamanca 2007, p. 99).

siente ya plenamente libre. Tiene cincuenta años, su aventura mística está asentada y ha echado los cimientos de su aventura fundacional. Y afirma que ahora mira las cosas «como desde lo alto» (cual «passer solitarius»), viviendo con una sana despreocupación frente a dimes y diretes:

«Ahora ya, gloria a Dios, aunque muchos me murmuran y otros me dicen hartas cosas, muy poco se me da de todo. Por estar ya fuera del mundo y entre poca y santa compañía, miro como desde lo alto, y dáseme bien poco de que digan ni se sepa» (cf. V 40,21-22).

La pasión teresiana por la libertad, la grandeza de sus deseos, su determinación por afirmarlos y realizarlos y el afán desmesurado de comunicarlos siguen conservando su vieja fuerza y un renovado encanto después de casi quinientos años de su nacimiento. Quizá sea esta la mejor razón para seguir leyendo y admirando a esta mujer.

A esa misma libertad va a apelar en el cierre de su otra obra cumbre, *Las Moradas o Castillo Interior*. Si en *Vida* aparece una sana libertad frente a las habladurías de los demás, en *Moradas* termina apelando a la propia interioridad como espacio de libertad: «Me parece os será consuelo [hermanas] deleitaros en este castillo interior, *pues sin licencia de las superiores podéis entraros y pasearos por él a cualquier hora*» (M Conc., 1). Y junto a la libertad está la otra clave, la del amor vivido en las pequeñas cosas. Es esta la meta y estación término del viaje de toda la espiritualidad teresiana: «Que el Señor no mira tanto la grandeza de las obras como el amor con que se hacen» (7M 4,15). Toda una mística de la vida cotidiana: la del amor hecho historia.